

LA IGLESIA

Viejas postales descoloridas

de la
de Mayo 1874
Y Habana.
SUS CAMPANAS Y SUS FIESTAS



Por Federico Villoch



Mayo 19/40

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

LAS IGLESIAS DE LA HABANA, SUS CAMPANAS Y SUS FIESTAS.

Por Federico Villoch.

TODO el mundo dice de las campanas de la iglesia de su barrio, o de su pueblo, lo que de los ojos de sus novias dicen sus respectivos amantes: que son los mejores y más lindos del mundo. No importa que aquellas suenen, como algunas, a caldero rajado; que sean sordas; que sean estridentes; como desde niño cada cual se ha hecho a oír, a él le parecen sus sonos los más cristalinos y afinados; y si así no fuera, sería un mal patriota: el concepto de patria tiene infinitas subdivisiones: la nación; la provincia; la ciudad; el barrio; la iglesia, etc., etc.; la calle en que por largos años se ha vivido y en la que se ha ido desarrollando y arraigando con el tiempo aquel concepto, aquel amor patrio, el más sublime y noble de todos. Si un hombre hubiese vivido toda su vida en la barquilla de un aerostato, vería las nubes como cosa suya.

Al postalista le parecen las campanas de la iglesia de Monserrate las más sonoras, alegres y repicadoras de la Habana; y no nos vamos a «entrar a pedradas», por eso con los vecinos de los otros barrios. Desde que tuvimos uso de razón, y pudimos «saber donde sonaban las campanas», ya viviendo en una u otra calle, en lo mejor de nuestros años, nos hemos domiciliado en el barrio de Monserrate; y son las de esta iglesia las que han marcado con mayor precisión y fijeza nuestro horario: la hora de la misa; la hora de la escuela; la hora del Instituto; las nueve de la noche, hora de irnos a la cama; la de las diez, la de dejar tranquila a la novia; la del «Ave María», la de volver a casa, después de una noche de fiesta. Un poeta rural le compuso, aunque rípidas, unas bonitas décimas a la campana de la iglesia de su pueblo, de las cuales sólo recordamos los cuatro versos de la primera, que por su sabor y estructura pueden dar idea de lo restante. Decía este Cucalambé, que creemos recordar era de allá por Manzanillo

Su sonido era muy fino,
¡qué campana Jesucristo;
ninguna en mi vida he visto
de otro temple tan divino!...

Guillermo Ankerman, hermano mayor de Jorge, el aplaudido y popular autor vernáculo, nació y vivió durante mucho tiempo en el barrio del Angel; y por eso, en un momento de sincera e íntima inspiración, pudo decir de las campanas de aquella linda iglesia, entre otras cosas:

Campanas del Angel

alegres campanas,
campanas del barrio
donde yo nací;
¡con cuánta alegría
oigo tus sonidos,
llenos de recuerdos
de un tiempo feliz!
Ellas con sus toques
toda mi alma llenan,
de un místico arrullo
que invita a rezar.
Han ido marcando
horas que se fueron,
tiempos que pasaron
y no volverán.

Las campanas de la Catedral son solemnes; y como son tan grandes, su toque es pausado, lento, como de persona prócer a la que no le está bien hacer cabriolas; las campanas del Espíritu Santo tienen cierto sonido grave, de lejanía, como si viniera de Jerusalén; las de Paula, tienen un sonar confuso, débil, borroso, como de «viejas campanas descoloridas» que hablan de un lejano ayer, cada día más desvanecido; las de la Merced, tienen un cierto tono aristocrático, señorial: cuando suenan en una boda parece que acompañan sus majestuosos sonos la marcha nupcial de Méndelson; las de Jesús María, en los repiques de las misas dominicales, diríase que están acompañando una alegre y salpicona tonadilla de aquel barrio donde nacieron y se bautizaron Micaela, Mercé, María Belén Chacón, China, Chona Chana, y toda la «duse» mulatería criolla de nuestras guarachas y sainetes. Las de la iglesia de la Salud, hoy de la Caridad del Cobre, nuestra Patrona, hieren con sus sonos de tal modo el patriotismo popular, que tal parece que están cantando el Himno de Bayamo...

Había en la vieja Habana, anterior al año 1923, unas campanitas que parecían de plata, y que al repicar en las fiestas semejaban inocentes y cristalinas risas de monjitas: las del Convento de Santa Clara, hoy convertido en oficina del gobierno. Ahora suenan aquellas con igual regocijo en la Víbora, alegrando con sus sonos los pintorescos lugares que las rodean.

Conservamos de este Convento de Santa Clara un recuerdo que data de nuestros diez y ocho años, la edad en que las alas de la fantasía se agitan impacientes para transportarnos a las doradas regiones de los primeros románticos ensueños. Vecinas a una finca que por aquel entonces—1884—poseía nuestro padre en las cercanías de la ciudad de Matanzas, vivían, en otra más modesta



unañ viejecitas de apellido Enríquez, que tenían enclaustrada una parienta en el citado convento, con el sagrado nombre de Sor Candelaria. Cuando de vuelta de nuestras vacaciones regresábamos a la Habana para continuar nuestros estudios, las viejecitas Enríquez solían encargarnos llevar al Convento bien una carta, ya un simple recado, ya algún que otro modesto presente para su enclaustrada parienta. Nos latía el corazón emocionado cuando tirábamos de la cuerda que había junto al torno, y oíamos sonar allá dentro, tras los espesos y misteriosos muros, el eco de una lejana campanita. A poco—y cuando menos lo esperábamos—la voz tenue y dulce de la hermana tornera nos preguntaba:

—¿Qué desea, hermano?

—Venimos—respondíamos con el corazón en la boca—de parte de los familiares de la hermana Sor Candelaria...

—Espere, hermano, que voy a avisarle.

Y oíamos perderse levemente en el misterio de lo que había detrás del torno, los pasitos de la hermana tornera; y tras un espacio prudente, que llenaba nuestra fantasía con mil suposiciones acerca de aquellos desconocidos lugares—otra vez cuando no lo esperábamos—oíamos tras las maderas del torno la voz gangosa de Sor Candelaria—pasaba de los sesenta—que nos saludaba y empezaba a hacernos preguntas, acerca de las viejecitas sus parientas.

—¿Qué habrá detrás de este torno?—nos preguntábamos. —¿Será como los patios y las galerías de grandes arcadas que vemos en las decoraciones de los teatros? ¿Habrá un patio, y un jardín cuajado de rosas, con su fuentecita al centro, su inagotable surtidor zar? La novelesca leyendo de «Sor Inés», que y sus banquitos para leer, y meditar, y re-acabábamos de conocer entonces, se nos presentaba en todos sus detalles; y hubiéramos querido poseer las diabólicas artimañas de que se valían Don Juan, Fausto, Mañara, Lovelace, y todos aquellos amantes célebres de la literatura, para escalar aquellas tapias, y recorrer y asaltar a nuestro antojo todas las galerías, rincones y celdas del misterioso edificio... ¿Cómo sería allá dentro?

Cuando años después, en 1922, el Presidente Zayas abrió las puertas del convento, por haberlo adquirido el Estado, nuestra curiosidad se vió satisfecha; y pudimos ver, y pasear, y tocar de cerca las sombrías y misteriosas naves, ya sin misterios, ni sombras; los ensoñados deleitosos jardines, ya sin fuentes, ni bancos, ni rosas; y el coro, ya desierto de angélicas voces; y la diminuta y

prosaica celda de «Sor Inés», y la tapia con su desvencijada puertecilla para la calle por donde se fantasea que ella se escapó una noche; y el comedor de las monjitas, enlucido de vulgares y corrientes mosaicos. Algunas veces volvemos, hoy, al «romántico Convento de Santa Clara», convertido en Secretaría de Obras Públicas; y al ver el antiguo torno, conservado como un recuerdo histórico, se nos antoja que si llamáramos de nuevo a él, invocando a Sor Candelaria, seguramente ésta nos contestaría con su vocecita gangosa:

—Perdone por Dios, hermano, y siga su camino.

La literatura universal está lleno de campanas célebres: las de Nuestra Señora de París, cantadas por Víctor Hugo; las de la Almudaina, por el notable autor dramático mallorquín Don Juan Palou; las de los «Amantes de Teruel», por el precursor del romanticismo en España, don Juan Eugenio de Harztembush; la de Toledo, por Fernández y González, en su drama «El Cid»:

**Esa campana que suena,
y que en los aires retumba,
es mi honor que se derrumba,
y que al derrumbarse, atruena.**

la de Bernardo López García en el «2 de Mayo»:

**Oigo patria tu aflicción
y escucho el triste concierto,
que forman tocando a muerto
la campana y el cañón.**

las de Edgar Poe encojen el espíritu; la del poeta alemán Federico Shiler lo levantan:

**Vencedora del tiempo más remoto
y hablando a raza y raza sucesiva,
plañirá con el triste, compasiva;
pía rogando, con el fiel devoto.
Tú en la pristina rústica cabaña
penetraste a verter el dulce encanto
que a las costumbres cultas acompaña;
tú creaste ese ardor que aprecio tanto,
ese amor de la patria sacrosanto.**

Los programas de las fiestas populares empiezan siempre con estas palabras suficientes de por sí a animar el espíritu de los feigreses y feriantes: **I.—Repique general de campanas.** Sólo de leerlo se las oye llenar el espacio con sus alegres sonos...

Cuando en la Habana se anunciaban los fuegos a toques de silbatos, cornetas y campanas, los viejos vecinos, con sólo aplicar el oído hacia el sitio en que sonaban aquéllas, sabían donde era el fuego, al destacar el sonido de la campana demandadora de socorro: cuando el fuego de la ferretería de Ysasi, en Lamparilla y San Ignacio—17 de mayo de 1890—entre los próximos templos que lo

anunciaban, sobresalía, y se estuvo oyendo toda aquella noche, el bronco ¡ton! ¡ton! ¡ton! de la campana mayor de la Catedral. Cuando el fuego de Estanillo, las campanas de la iglesia del Cerro no se callaron un momento; y con el incendio de la antigua Plaza del Vapor, las de la Salud y Monserrate no descansaron de tocar alarma toda la noche.

Pocas veces dejamos de asistir a las fiestas anuales de las parroquias vecinas: a la de la Tutelar de Guanabacoa, el día 15 de agosto; a la del Virgen del Cobre, en la próxima villa de Regla, el día 8 de septiembre; a las muy pintorescas y siempre animadas del pueblo de Arroyo Arenas, el Domingo de Resurrección; y, corriéndonos un poco más, a las del pueblo de Ceiba Mocha, que el 2 de febrero celebra con creciente fervor y entusiasmo las de su santa patrona, la milagrosa Virgen de la Candelaria: este año, el día 30 de marzo, llevados por el atractivo de una linda fábula que ha corrido por la ciudad, a las de nuestra Señora del Rosario, patrona del modesto y cercano caserío del Guatao, en el que tuvimos el gusto de ser recibidos por su párroco el agradable Pbro. Don Raúl Martínez. A sus atenciones y cuidados se debe la restauración de la iglesia de este pueblecito, fundada en 1765, en cuyo altar mayor la citada virgen tiende sus manos protectoras desde hace 175 años sobre aquellos feligreses, y en el que también puede verse la lámina de plata que, olvidada y cubierta del polvo de más de cien años, encontró el citado Presbítero en el fondo de un antiguo armario de la sacristía, entre libros viejos y varios ya inservibles objetos del culto: tiene grabada al pie la fecha de 1795. La corona de la Virgen del Rosario es toda de oro del 14, con un cintillo incrustado de diamantes, perlas y piedras finas. Este altar mayor de la iglesita del Guatao es una verdadera maravilla, todo de filigrana, sostenido el dosel por dos columnas jónicas de sólida y artística estructura, y luciendo a ambos lados dos magníficos murales debidos al pincel del notable pintor español que nos visitara recientemente, Don Hipólito Hidalgo de Caviedes.

El pueblo del Guatao, aunque fué en el pretérito uno de los más ricos y habitados de las proximidades de la Habana, actualmente no cuenta con más de cincuenta casas de recatado y humilde aspecto. Le dan vida y movimiento las vaquerías vecinas. Cuéntase no obstante que el Guatao fué un pueblo de gran importancia, en cuyos alrededores radicaban en gran número haciendas y quintas de recreo de los más destacados títulos nobiliarios de aquella época. Frente a la fachada de la iglesia partía la llamada entonces calle Real, bordeada de numerosas y espléndidas viviendas, de las que hoy no que-

da ya ni el recuerdo; los ingenieros de O. P. trazaron después la carretera por detrás de la iglesia, y ésta parece al presente torcida, y como volviéndole la espalda al progreso. De aquel poblado, rico y alegre, arranca la leyenda que dió origen a la frase, tan vulgarizada en nuestros días, y que se aplica a cuanto suceso, reunión o «asamblea» derive en un desenlace alborotado y ruidoso: «Terminó como la fiesta del Guatao».

Corren distintas versiones para explicar el origen de la frase; pero los vecinos más viejos, y que en su niñez tuvieron contacto con algunos protagonistas del suceso, refieren, y dan por cierto, que aquélla nació de un escándalo mayúsculo que tuvo lugar en el pueblo, motivado por un zapatero que, en visperas de un gran baile que iba a efectuarse en aquél, se fué a la Habana y trajo de ella una enorme cantidad de zapatos de fabricación mala y barata que vendió en el acto, entre los alegres vecinos que se preparaban para asistir a la fiesta. A la mitad del baile, los zapatos de pacotilla, con el ajetreo de la danza y saltos y bríncos de los galops y polcas que entonces se usaban, empezaron, unos a soltar los tacones; otros, a descoserse por

los lados; y todos, a quedarse sin las suelas, que eran de puro cartón... Y el baile entero, en plantas de medias, hombres y mujeres, se lanzó a la calle para castigar con una soberana paliza al desahogado e insolente zapatero que así se había reído de todo el pueblo. Se la dieron y fuerte; y asegúrase que el avaro comerciante no paró de correr hasta llegar a Punta Brava, dejando también sus maltrechos zapatos en medio de la carretera. Y así, aquella noche de aquel año, con tal escándalo, revuelo y gritería, acabó la que después se hizo «memorable fiesta del Guatao».

II

CADA barrio habanero tiene el orgullo de su Parroquia; y se esfuerza en el mejor éxito de sus fiestas correspondientes. Conocida es la pompa con que se celebran la de Nuestra Señora del Carmen, el día 16 de julio, en su iglesia de la Calzada de la Infanta; el entusiasmo con que acuden todas las clases sociales a la de Nuestra Señora de los Desamparados, el segundo domingo del mes de noviembre en la iglesia de Monserrate; la popularísima de San Lázaro, el día 17 de diciembre, cuya venerada y milagrosa imagen, refugiada en un modesto ángulo de la iglesia de San Nicolás, después de su desalojo de la que fué iglesia de su nombre, adjunta al hospital del mismo, continúa recibiendo el fervoroso homenaje de sus innumerables devotos; la de San Rafael, el 24 de octubre, siempre esperada por jóvenes y viejos, y que convierte en un ruidoso y alegre

12/1/40

concurso de amor, dicha y contento la pintoresca y legendaria loma del Angel, en cuyo centro se levanta la esbelta iglesia de su nombre, con sus aéreas y finas agujas que hacen recordar las del poeta Balar, cantadas en sus «Dolores», aquellas:

que al cielo alzadas,
parecen oraciones
petrificadas...

San Rafael es el patrón de los médicos, y éstos acuden a la iglesia del Angel el citado día 24 acompañados de sus discípulos y amigos, formando un cuadro de lo más consolador y atrayente, en medio de esta atmósfera que nos envuelve de descreimiento y desencanto. El espíritu sencillo recuerda la leyenda del santo pescador, curando la ceguera del padre de Tobías con solo pasarle por los ojos el pescado que pende del extremo de su caña... Y esos hombres de estudio saben que muchas veces, en su vida de profesionales, han visto fracasar los más señalados adelantos de la ciencia; y que el pobre espíritu angustioso del paciente confía entonces su curación definitiva a un inesperado milagro del cielo...

Y también la fiesta de Nuestra Señora de la Caridad, en la iglesia de la Salud; y la del 12 de octubre, en la del Pilar, a la que asisten miles de españoles, y ese propio día en la iglesia de la Merced, en loor de la Santa Virgen, que se coronó de gloria en Zaragoza, acudiendo a esta iglesia de la Merced un gran número de prestigiosos miembros de la colonia aragonesa para celebrar un histórico almuerzo; la de San Cristóbal de la Habana, y la del Corpus Cristi, en nuestra santa iglesia Catedral; y la del Dulce Nombre de Jesús, el primer viernes del mes de junio, en la iglesia del Sagrado Corazón, antigua de Belén, en la Calzada de la Reina...

Cuantos acuden a estas sagradas fiestas llevan encendida en sus corazones la divina luz de la Fe; y vivos y latentes en su memoria los nombres de aquellos párrocos que se desvivieron por el mayor auge de sus iglesias y fiestas respectivas, entre ellos los PP. Doval, Abascal, Redondo, Artega, Emilio, Méndez, Viera, etc., etc., como así también los nombres de aquellos vecinos que contribuyeron con su peculio y su fidelidad al esplendor de sus veneradas patronas, tales como Doña María Francisca de O-Reilly, Condesa de Buena Vista; don Rafael Fernández de Castro; los Peñalver, los Barrera, los

Montalvo, los Lombillo, los Ajuria; y en escala más modesta, pero no menos fervorosa, los Solís, los Cabrera, los Guevara, los Valladares, los Bertemati, etc., etc. Inolvidable doña Julia Faes, camarera de la Virgen de los Desamparados y Presidenta de su Congregación.

Un interesante detalle sobre la iglesia del Santo Angel que le será grato conocer a nuestros lectores: en el archivo de la misma, y en el tomo correspondiente al año 1800, hállase la partida de bautismo de nuestro ilustre educador y notable filósofo don José de la Luz Caballero.

En aquel entonces oíase algunas veces aproximarse por las calles el lento y rítmico sonar de una campanilla, y las criadas de las casas del tránsito, entonces en su mayoría pardas y negritas hijas de los antiguos esclavos de las respectivas familias, empezaban a gritar ansiosas para avisar a los amos: «¡La Majestad! ¡La Majestad!», apresurándose a encender una vela que solía guardarse a prevención en el primer cuarto de la casa, para tenerla a mano llegado el momento, y procedente de las fiestas religiosas de las más cercanas iglesias, encendiéndola y postrándose de rodillas al paso del Viático, que unas veces conducido en un modesto coche de alquiler, y otras en uno de lujo, se aproximaba, acompañado de numerosos fieles, precedido de un monaguillo que era el que iba agitando la campana. «¡La Majestad! ¡La Majestad!». Se le iba a dar la extremaunción a un vecino en peligro de muerte, y el barrio entero lo acompañaba con sus preces en aquel su último instante. De noche sobre todo era un espectáculo imponente ver aquellas velas encendidas en las puertas de las casas, en las ventanas, en los balcones, en las azoteas, sostenidas por niños, jóvenes y ancianos, blancos y negros, que de rodillas rezaban al paso de «¡La Majestad! ¡La Majestad!». En algunas ricas y aristocráticas mansiones, una sutil orquesta de arpas y violines recibía al Señor con un fervoroso himno de salutación; y si en la casa había piano, alguno de sus moradores solía recibirlo, tocando en aquél, la Marcha Real...

Era también aquella la época de los «Altos de Cruz», en los que se veneraba la de Mayo, con más o menos lujo y ostentación, según el tono y los alcances de la casa en que se levantaba el «altarcito». En las moradas nobles de aquel tiempo, las de Lombillo, Chacón, Fernandina, Peñalver, Montalvo, Aguas Claras, Cañongo, etc., los jardines de las cercanías de la Habana—los de

5

Pedregal, Lachaume, Don Mariano Lacret, y otros—vacían verdaderas carretadas de flores sobre cruces e imágenes, alrededor de las cuales veíanse también colgadas, como ofrendas, grandes hogazas de pan blanco y crecido número de frutas de las más apetitosas y escogidas, en loor a las riquezas agrícolas del mes en fiesta. Los vecinos y las familias se reunían en estos «altaritos» hasta las dos y las tres de la madrugada para rendirle el homenaje más fervoroso a la Cruz de Mayo; y entre cánticos, rezos y villancicos, hablaban de amor los jóvenes y se comunicaban los viejos sus graves asuntos y penas, esperando unos y otros la ayuda y el consuelo de Aquel que en ella había expirado por redimir a los hombres. Esta costumbre de venerar la Cruz de Mayo se conserva aun en algunos pueblos y ciudades de España.

En el comedor de las casas donde se levantaban estos altares, aquí en la Habana y otros pueblos de la isla, siempre había una mesa más o menos modesta y con mayor o menor esplendidez servida, donde se les brindaba a los visitantes rosquitas, galletas, tablitas de dulce de coco, queso comúnmente llamado «holandés de bola», lascas de jamón y tazas de buen café que de tarde en tarde una negrita o pardita criada de la casa servía en bandejas, pasándolas ante los concurrentes. También había para obsequiar a los hombres buenas botellas de ron de Oriente; y para las señoras y las muchachas no faltaba aquel suave y dulce «licor de rosa», que tanto se usaba en los bailes, y cuya fabricación, a lo que parece, ya se ha extinguido al ser reemplazado por los cocteles y otras bebidas modernas. Desde lejos se oía, entre el rumor de las conversaciones, sobresalir las voces femeninas en los alegres cánticos a la Virgen — ¡Oh, María, — Madre mía, — ¡Oh consuelo — del mortal—. Y rompiendo las sombras de la calle, veíase el resplandor de las velas y las luces que en profuso número se consumían en el altar y otros sitios de la sala; la gente al pasar, desde las distantes esquinas, decía: «Un altarito de cruz»

Corrientemente se acompañaban aquellos cantos de una pequeña orquesta formada por una flauta, un violín y un arpa, instrumento éste que era de uso corriente en Cuba, en aquella época: todavía el artista camagueyano, nuestro amigo Fachenchó, usa la

suya, recuerdo del tiempo viejo, en su popular cuarteto musical. En los pueblos de campo se acompañaban dichos cantos con bandurrias, tiples y guitarras; y con acordeón, en los barrios populares. Hoy ya no se ven los acordeones más que en las películas argentinas.

Volviendo sobre la «Majestad», recordamos un suceso que tuvo lugar en la iglesia de San Carlos de la ciudad de Matanzas, un día del año de 1902, siendo párroco de la misma el dignísimo sacerdote P. Alberto

Méndez y Núñez, cuya memoria veneran los vecinos de la ciudad yumurina: hoy es párroco de la misma—elevada ya a la categoría de Catedral—el doctor Juan Suárez Muñiz, hijo de Santiago de las Vegas, «un guajiro», como él se llama, y también como su inolvidable antecesor, muy querido. Vecinos por muchos años fueron de aquella ciudad—la nuestra natal—la hermana de nuestro padre, doña Javiera Villoch; su esposo el acaudalado comerciante nativo de Arany de Mar en Barcelona, don Bartolomé Rivas y Baró; y el único hijo de ambos, Jaime—hace poco fallecido en la Vibora—a quien todos llamaban «Jaimito», joven de claras luces y temperamento de artista, que se distinguió como excelente tocador de piano, amigo de los jóvenes matanceros de la época: Torruella, Saldarriaga, Prendes, Caballero, La Torre, Viñals—hermano éste de la notable soprano Julia—, Ojeda, Hernández, etc. Una mañana del citado año, a los pocos meses del fallecimiento de don Bartolomé, su padre, y al pasar frente a la dicha iglesia de San Carlos, Jaimito se detuvo un momento ante las insistentes llamadas del citado P. Méndez, acudiendo con el natural asombro a la puerta de la sacristía, desde donde aquél lo solicitaba con urgencia.

—Hijo—le dijo el P. Méndez—, he estado esperando verte pasar por aquí para enterarte de un asunto que te interesa. Sígueme—añadió, y subiendo la escalera que allí existe, y que conduce a las habitaciones particulares del Párroco, ya en ellas los dos, agregó, entregándole a nuestro pariente un sobre cerrado que sacó de la gaveta de un armario:

—Toma, hijo mío: esto me lo dió un pastor para tí. Después de descargar su con-

ciencia en confesión, y declararme que en un negocio había engañado a tu padre, antes de expirar, y sabiendo que éste acababa de fallecer, quiso librarse de tal pecado, restituyéndole a su único heredero, que eres tú, lo que en realidad te pertenece...

—¿No podría saber yo?... —indicó nuestro pariente.

—No, hijo mío—terminó el P. Méndez, volviendo a bajar tranquilamente la escalera— es un secreto de confesión. Lo que te toca es rezar por esa alma a quien iluminó la Divina Gracia, en su última hora.

Y ya otra vez en la puerta de la sacristía, frente a la calle: —Vete con Dios—le dijo, despidiéndole — y que para bien sea...

Ya en la calle, nuestro pariente abrió el sobre; y se encontró con seis billetes de a cien pesos.

Muchos descoloridos de la ciudad yumurina conocen esta verídica historia.

Mayo 19/40



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA